

Gerardo Diego

## Vicente Huidobro <sup>(1)</sup>

### I

#### DESPEDIDA



Si he tardado en decirte «adiós» ha sido porque necesitaba reponerme un poco de la impresión que me causó la súbita noticia de tu último viaje. Aguardaba además detalles de tu tránsito, pero ya no quiero que pienses que callo ante los demás que pueden escucharme. Que sepan todos que mi lealtad te ha seguido en los últimos quince años que no nos veíamos, tan adicta como en los catorce anteriores, desde que antes de conocerte como amigo, ya te admiraba como poeta. En estos últimos años, han pasado tantas cosas... Yo no he compartido todas tus opiniones ni actitudes humanas o ciudadanas, ni tú habrás encontrado aceptables mis escritos que tanto se desviaban, aparentemente, de las normas

---

(1) Colaboración exclusiva para «Atenea».

que me enseñaste. Pero esto no borra lo que no puede ser borrado ni quita nada a la esencial identidad de nuestra fe artística.

En la imposibilidad de evocarte en tu país, entre tus montañas y tu océano que siempre quise visitar y hasta ahora no lo permitieron enfermedades y vicisitudes, ahí, en esa tierra chilena donde naciste y donde has rendido tu aliento, me consuelo de tu ya definitiva ausencia, recordándote, recordándonos en la lejanía precisa, luminosa, de una juventud llena de ilusión amiga y creadora. Te veo primero, Vicente, en Madrid, cambiando nuestras primeras palabras de entusiasmo y fidelidad, riéndonos juvenilmente de los santones que pretendían reírse de nosotros. Algunos que entonces te llamaban tonto, al cabo de los años habían de echarme en cara ¡a mí, Vicente! que no te incluyera en una antología en donde mal podías estar si eras chileno. Pues ¿y la historia grotesca de tus plagios? De pronto y por arte de birlibirloque, un verso tan senil como aquel de Herrera y Reissig, «rien los labios de leche de los luceros precoces» al copiarlo tú daba el siguiente infantil resultado: «Apretando un botón todos los astros se iluminan». Había, como decías tú con aquel pintoresco bilingüismo del que nunca te quisiste curar, para «perecer de la risa».

Luego, aquellas escapadas mías a París o a tus villaggiaturas veraniegas de la Vendée o de Normandía. Aquel olor húmedo a jardín interior de París en tu casa de la rue Víctor Massé. Y tu habitación con tus poemas

pintados, con la escultura de Lipchitz y los retratos de Gris y de Picasso. Y tus cuadernos de trabajo que yo —te lo confesaré ahora que ya no me importa que lo sepas— te copiaba avaramente, aprovechando los ratos en que me quedaba solo. Gracias a esa travesura, quizá posea yo ahora la única colección de ciertos poemas y caligramas inéditos. Aquí tengo sobre la mesa, junto a la serie casi completa de tus libros, unas cuantas fotos espontáneas de fotógrafos ambulantes o debidas a la diligencia amistosa de Juan Larrea. No te habrás olvidado de cuando te hablé de él por vez primera y te leí su primer poema creacionista. El había de ser después tu mejor amigo y tuvo la suerte de vivir contigo largas temporadas.

Contigo y con Juan Gris y con Lipchitz, tus mejores amigos. Juan Gris, sobre todo, a quien debías lo esencial de tu formación estética. ¿Te acuerdas cuando me llevaste a su estudio y luego hice en pocas horas mi educación cubista recorriendo las galerías de los marchantes? Mira esta otra foto. Fué la cena en tu casa para presentarme a Gris, a Léger, a Dermée, a Kanweiler, a María Blanchard, y luego hiciste subir a un fotógrafo y salió esa moceril humorada. Pero yo gozaba todavía más cuando estábamos solos paseando por la plaza de Sables d'Olonne, charlando con los barquilleros de mi tierra, que era también la de los tuyos, la de tu apellido, y que ostentaban sobre el bombo policromo o sobre el carrito de helados las cinco letras del mío. Nuestro hispanismo se alegraba pue-

rilmente con esos encuentros o con los de los pescadores vendeanos que jugaban aún con baraja española, gracias a una especie de colonización secular realizada desde Cantabria.

Por eso fué grande la sorpresa y la alegría con que recibí tu cable, en que me anunciabas tu arribada como puerto de escala a mi Santander, de regreso de Chile, camino de Boulogne. Creo que fué en 1926, cuando todavía salía «La Atalaya», en donde publiqué un artículo saludándote. Alguna otra vez nos encontramos en Madrid y por último en París hace quince años. Ya era otro París. Y tú habías abandonado a regañadientes tu viejo Montmartre y te habías pasado a la orilla izquierda. Y yo siempre pensando en abrazarte en tu Santiago. Ultimamente con Souviron y Scarpa hablamos de ti, a la salida de sus conferencias en que trazaban el panorama espléndido de la nueva poesía chilena.

Y ahora quiero decirte adiós—un adiós que será un «hasta luego», porque he de volver a hablar de ti y contigo—con tus propias palabras, con un fragmento de tu «Soledad Inaccesible»:

Un pájaro muere bajo sus alas en un rincón descono-  
se cierra el mundo en torno [cido  
Se cierran los sonidos y también los colores.  
El pájaro melancólico que fué necesario al aire  
Un día me miró con sus ojos de lluvia.  
Y ambos nos comprendimos para siempre.



cente Huidobro iba a cumplir sus 55 años. Pero las etapas de su formación las recorrió con tan precoz celeridad que pasará a la historia como un poeta de la postguerra del 14. Entre 1918 y 1926 se extiende todo el período esencial de la creación poética huidobriana. Durante esos años, pasados principalmente en París, con viajes a América, España y otros países, Huidobro encuentra, realiza y perfecciona su sistema poético y se entrega a una intensa labor de apostolado creacionista en conferencias, polémicas, exposiciones, libros, revistas y charlas espontáneas, generosas, cordialísimas, apasionadas, con partidarios ganados a la nueva fe y santones y escépticos de las opuestas sectas o del absoluto descreimiento. Pudo creerse por un momento que Huidobro iba a vencer en todos los frentes. Así llegamos a esperarlo sus más fieles adeptos, persuadidos de la limpieza, claridad, eficacia y equilibrio inmortal de la doctrina creacionista. No le faltaron al poeta adhesiones valiosísimas y juicios positivos procedentes de los campos más diversos: literatura, pintura, escultura, filosofía, ciencia. Pero al porvenir, que podríamos llamar «político» o «social», es decir, al éxito mundano y contagio extensivo del creacionismo tal como Huidobro lo predicaba con la teoría y con el ejemplo, perjudicaron, al lado de su ascetismo y pureza difícil de abrazar por el impaciente de gloria, la propagación de nuevas doctrinas disolventes, corrosivas, escandalosas, que abarataban la fabricación poética entregándola

a los bajos instintos y pronto habían de involucrarla con actitudes correlativas de subversión política.

Huidobro luchó en sus manifiestos contra el automatismo infrarrealista y proclamó la lucidez creacionista y la primacía de la inteligencia, no reñida con la integridad del hombre total. Ni deshumanización ni onirismo. Vigilia, ambición y sanidad biológica. Pero el signo de los tiempos estaba escrito. Y la era «surrealista» vino, a pesar de todo.

Huidobro, que quizá sucumbió un tanto como ciudadano y hombre de la calle, supo, a pesar de todo, mantenerse incólume como artista y sus últimos libros como los primeros de su creacionismo, permanecen fieles a su postulado esencial, a la completa autonomía del poema frente a la naturaleza. La aristotélica imitación de la naturaleza es entendida por Huidobro como imitación de sus procedimientos, no de sus productos. Y el poema suyo nace de una célula imaginativa, relación o «rapport» de dos palabras, como el árbol frondoso y florido de la simple semilla. Tan radical creencia en la objetividad del producto poético, independiente de todo cotejo posible con los objetos de la realidad natural, no era compartida por la mayoría de los lectores inexpertos ni siquiera por la de los que se creían, por afición o profesión, competentes. Unos y otros se obstinaban en buscarle al gato del poema creacionista un quinto pie que no figuraba en su programa biológico. Y la poesía más sencilla del mundo se les convertía en enigma. Verdad es que quizá lo mejor hu-



biera sido sustituir el nombre de poesía por otro nuevamente inventado, para evitar equívocos. Pero ¿se hubieran evitado? La capacidad del hombre para confundir las nociones es ilimitada e incurable.

Aun incomprendida en lo esencial, la poesía de Huidobro, la de «Poemas Articos», «Tout à coup», «Altazor» o «El Ciudadano del Olvido», sus libros posiblemente más acendrados e intensos, deslumbra a tirios y a troyanos por la riqueza inagotable de su imaginismo luminoso, por la fertilidad de su invención y en ciertos poemas, por la exquisita gracia de su lirismo tiernamente humano. Hubo un momento en que Huidobro, después de ensayarse en el poema primitivo y de crear la gramática virgen del lenguaje creador, pasando de las palabras a las oraciones simples, se consideró suficientemente adulto para arrostrar los peligros del cruel caudal. Y el poeta elemental del «Horizonte Cuadrado», pasó en «Altazor» y en «Temblor de Cielo» así como en sus «hazañas» de prosa cinematográfica a convertirse un poco en el Víctor Hugo de sí mismo. Demostró así que el creacionismo podía atravesar todas las zonas de un arte, desde el período primitivo al romántico pasando por el clásico. En los últimos libros, Vicente Huidobro se inclina más bien hacia el lirismo acendrado, si bien con escapadas subjetivas a la heterodoxia expresivista. A la larga, el creacionismo puro había de resultar irrespirable para pulmones humanos y pecadores.

Pero la estela de Huidobro y de su poética no ha

de ser estéril. Aparte de la calidad de su propia obra, supo el poeta chileno encontrar un eco en la sensibilidad de otros poetas que le deben su orientación definitiva. Y al través de ellos, en otros y otros que, aun desconociéndole o negándole, han enriquecido por vía mediata su técnica con aportes creacionistas mejor o peor aprovechados. Entre nosotros, si la madurez de Cansinos-Assens pudo encontrar en su trato un estímulo estético, y si la adolescencia de Eugenio Montes le debe mucho, la plenitud de nuestro profundo Juan Larrea le declara mentor y guía esclarecido. Directamente o a través de Larrea o de algún otro discípulo directo, algo de lo mejor de Fernando Villalón, de Rafael Alberti, de Pablo Neruda, de Leopoldo Marechal, de Federico García Lorca, de otros poetas de lengua española y de otras lenguas procede de fuente huidobriana. En cuanto a mi deuda, confesada ha estado siempre y sólo lamento el escaso rendimiento que mi incapacidad ha sabido extraerle. Mi «Manual de Espumas» libro que «in mente» le estaba dedicado (a él y a su verdadero maestro el inolvidable Juan Gris, que había de ilustrar sus páginas) apareció con otra dedicatoria impensada sobre la tumba de un joven amigo, poeta también creacionista, José de Ciria y Escalante. Aquella dedicatoria que inscribiré, Dios mediante, en mi «Biografía Incompleta», cuando aparezca este libro postcreacionista, reza así: «A Vicente Huidobro, poeta, este libro filial».